



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Álvarez, V. (1923). *Influencia educativa de la literatura clásica* [Tesis para optar el Grado Académico de Doctor en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

REPOSITORIO DIGITAL DE TESIS
DE LA BIBLIOTECA DE LETRAS
DE LA UNMSM

Título: Influencia educativa de la Literatura Clásica

Autor: Víctor Álvarez S.

Año: 1923

Lugar de publicación: Lima, Perú

Tipo de tesis: Doctorado

Palabras claves: Sófocles, Virgilio, Ovidio, literatura clásica, educación, idioma, influencia.

Referencia en APA 7ma. ed. Álvarez, V. (1923). Influencia educativa de la literatura clásica [Tesis para optar el Grado Académico de Doctor en Literatura]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

Resumen

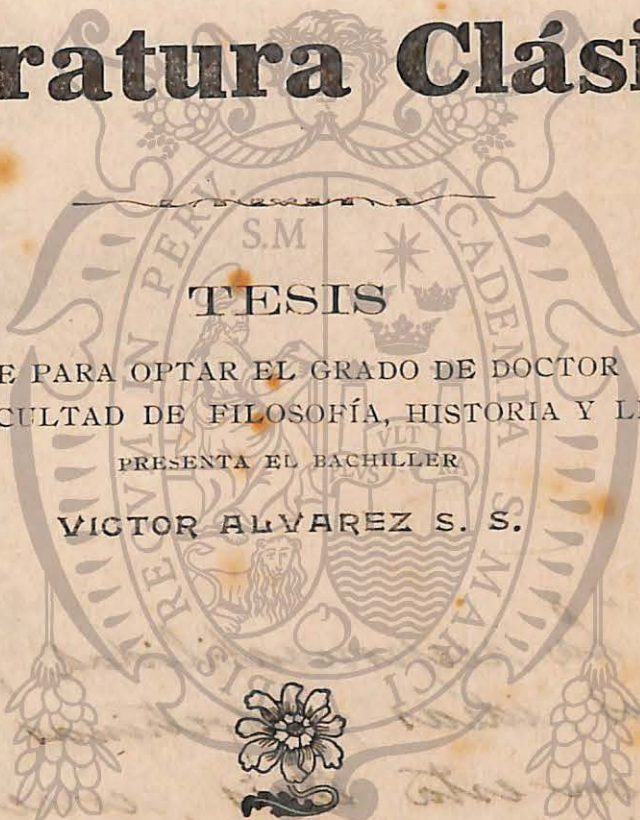
La tesis edifica una argumentación a favor de la enseñanza de la literatura clásica en el sistema educativo. Se pregunta por la vigencia de las obras de los antiguos en la cultura y la sociedad modernas. Advierte un conflicto con la concepción moderna del estilo de vida, motivada por la mezquindad y la conveniencia; en contraposición con el equilibrio y el ideal de perfección añorado por la Antigüedad. A partir de esta constatación, se discute la influencia, la apreciación crítica y la enseñanza de idiomas (griego, latín) que conllevan los estudios clásicos en la pedagogía peruana.

Palabras Clave: Sófocles, Virgilio, Ovidio, literatura clásica, educación, idioma, influencia.

93900

Universidad Mayor de San Marcos

Influencia Educativa de la Literatura Clásica



TESIS

QUE PARA OPTAR EL GRADO DE DOCTOR
EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, HISTORIA Y LETRAS

PRESENTA EL BACHILLER

VICTOR ALVAREZ S. S.



LIMA--1923

000804



Introducción.

000804

I. CONCEPTO DE LA LITERATURA CLÁSICA.

1. División general de la Literatura. - 2. Origen de la palabra clásico. - 3. Autores clásicos antiguos. - 4. Clásicos modernos por extensión. - 5. Lo esencial del clasicismo.

II. SU IMPORTANCIA.

1. La literatura y la nacionalidad. 2. Eficacia educadora de la literatura antigua. - 3. Guías y modelos del buen decir. - 4. Su rectitud y nobleza de ideales.

III. SU INFLUENCIA EN LA LITERATURA MODERNA.

1. Lo que nos dice la historia. - 2. Influencia saludable del Renacimiento. - 3. Dante y otros grandes poetas. - 4. La edad de oro de la literatura española.

IV. LOS ESTUDIOS CLÁSICOS EN EL PERÚ.

1. Inclinación al clasicismo. - 2. Durante el Coloniaje. - 3. Durante la República. - 4. En nuestros días. - 5. Misión de la literatura.

V. SU CONVENIENCIA EN LA EDUCACIÓN.

1. Fin de la educación. - 2. ¿Conduce a este fin el estudio de los clásicos antiguos? - 3. Conviene desde la enseñanza secundaria. - 4. Acostumbra a pensar y enseña a hablar. - 5. Insinúa a habitar rectamente. obrar

VI. LOS IDIOMAS CLÁSICOS.

1. Fomentan la cultura? - 2. Su carácter sintético. - 3. Esfuerzo provechoso que exigen. - 4. Amplitud de conocimientos que suministran. - 5. Honroso lugar que ocupan en la cultura humana. - 6. Testimonios notables.

VII. CRITERIO EN EL ESTUDIO DE LOS CLÁSICOS ANTIGUOS.

1. Se impone la selección. - 2. Huir la imitación servil. - 3. Hay una imitación noble. - 4. En qué consiste la originalidad. - 5. La imitación de la naturaleza y los clásicos.

VIII. CONCLUSION.

1. No hay motivos serios para rechazar los estudios clásicos. 2. Su doble tendencia: idealidad y realidad. - 3. Conclusiones.



INTRODUCCION

¿Influye el estudio de la Literatura Clásica antigua en la formación cultural del hombre? ¿Será útil para los verdaderos intereses de la colectividad el noble trato con los ingenios antiguos? ¿Hasta qué punto será conveniente seguir sus rumbos? ¿Será justa y leal la guerra de los que la combaten simplemente porque no la conocen ni quieren conocerla? ¿No estará reñido su estudio con las imposiciones y exigencias de la vida moderna? ¿Será un vano ensueño, sin fuerza educadora, aquel sereno equilibrio que buscaron y consiguieron los clásicos con tanto afán, como la más bella actitud de un ideal humano? Más bien que ascender la escarpada cumbre a que ellos llegaron, en donde se disfrutaban panoramas encantadores, en donde reina un ambiente perenne de serenidad y de armonía, en donde el aire es más puro y la naturaleza más imponente y el horizonte más dilatado, ¿no será mejor buscar otros caminos, menos enojosos y más cómodos, al parecer, aunque en realidad estrechos, pobres y cercados de mezquinos intereses y conveniencias?

Tal es la cuestión que motiva esta tesis, y cuya importancia resulta del simple hecho que constatamos en la Historia antigua y contemporánea, a saber, que las naciones que más pesan en el equilibrio general de la civilización son aquellas en que está en pleno florecimiento la cultura intelectual. Para cerciorarnos^{de} que los estudios clásicos, seriamente realizados, pueden, o no, ser base de una verdadera y eficaz cultura, veamos bajo qué concepto tomamos aquí la Literatura clásica, su importancia y su influencia, si nos conviene y hasta qué punto.

I

CONCEPTO DE LA LITERATURA CLASICA

SUMARIO. 1. División general de la Literatura.- 2. Origen de la palabra clásico. -3. Autores clásicos antiguos. - 4. Clásicos modernos por extensión.- 5. Lo esencial del clasicismo.

Considerando la forma que reviste la Literatura en la prosecución de la Historia universal, suélese dividirla en simbólica u oriental, clásica, y romántica. En el primer grupo están comprendidas las literaturas orientales, tanto de los antiguos imperios chino e indio, como de los imperios del Oeste de Asia, medo, persa y egipcio, sin exceptuar las literaturas hebrea y arábiga y sus ramas afines. Bajo la denominación de literaturas clásicas están comprendidas las de los pueblos griego y romano, y bajo la de románticas o cristianas, las de todos los pueblos que recibieron y profesaron la fe de Cristo.

Clásico viene de clase. En el Renacimiento comenzó a darse este nombre a los autores cuya elevación de pensamiento y cuyo primor de estilo los hacían dignos de ser tomados por modelo^s en las clases o escuelas. La escasez de escritores en lengua vulgar, el desdén de los sabios de entonces por los escritos de la Edad Media, que consideraban bárbaros, y la profunda veneración por la antigüedad greco-latina, hicieron que sólo fuesen llamados clásicos los autores de Grecia y Roma, y clásicas las literaturas de una y otra lengua durante cierto período, fuera del cual raro era el autor que se citaba como clásico y no se le consideraba como de una edad ruda y primitiva, o por de una edad de corrupción o decadencia.

De este modo fueron llamados clásicos, entre los griegos, los poe.

tas épicos Homero y Hesíodo, los líricos Alceo, Safo y Píndaro, los trágicos Sófocles y Eurípides, el cómico Aristófanes, los historiadores Herodoto, Tucídides y Jenofonte, los oradores Esquines, Licurgo y Demóstenes, los filósofos Platón, Aristóteles y Teofrasto, y así otros de menor importancia.

Entre los latinos, por no citar sino los principales, son clásicos: Virgilio en la épica, Horacio en la lírica, Ovidio en la didáctica, Cicerón en la oratoria, Julio César, Salustio, Cornelio Nepote, Tito Livio y Tácito en la historia.

En pleno siglo XVI, cuando se multiplicaron los libros en lengua vulgar, empezaron a llamarse, por extensión, clásicos a los autores que se tenían por más perfectos y que se consideraban dignos de imitación y de estudio. De esta manera, en cada pueblo moderna, se fue formando una lista de clásicos, a veces modificada por los antojos del gusto, y que fue creciendo con el andar del tiempo. Así nadie dejará de contar entre los clásicos de Italia a Dante, Petrarca, Boccaccio, Tasso y Macchiavello; y entre los de Francia, a Corneille, Racine, Molière, Boileau, La Fontaine, Rousseau y Bossuet; y entre los de Alemania, a Klopstock, Goethe, Schiller y Schlegel; y entre los de Inglaterra, a Shakespeare, Milton y Walter Scott; y entre los de España, al autor o autores de la Celestina, Cervantes, los dos Luises, Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca, Herrera, Moratín, Quintana, etc.

Bien se ve, desde luego, cómo por clasicismo no se debe considerar sola y precisamente aquella forma real y concreta en que los griegos y latinos supieron encerrar su pensamiento y su arte, sino más bien y sobre todo, como dice el P. Martínez Vález, (1), la forma ideal, altísima y divina que esos pueblos, y especialmente el griego, vislumbraron, el espíritu artístico que los animaba, el principio universal y eterno

de soberana belleza que ellos a su modo realizaron, pero no en lo que tiene de contingente y temporal ese principio en sus obras, sino en lo que en ellos tiene de universal y eterno.

Lo clásico, entendido de esta manera, es la forma ideal del arte, de todo arte que sea reflejo inmortal de la belleza eterna. Y como todos los pueblos, sin excepción alguna, conciben y realizan a su manera la belleza ideal, todos tienen su especial clasicismo.

La calidad de clásico, dice Riva Agüero (2), no estriba esencialmente en estar atiborrado de latín y griego, ni menos en atenerse a caducas preceptivas retóricas y poéticas. El espíritu clásico consiste en la ponderación y concierto de las facultades, en la regularidad de las proporciones, en la claridad lógica llevada hasta los sentimientos, en la nitidez de las representaciones e ideas, en el predominio de la razón analítica y discursiva y de la imaginación plástica; y como consecuencia, en el orden y aseo del lenguaje y en la pureza del gusto.

Sin embargo, como todo esto lo practicaron admirablemente los griegos y latinos, estrictamente llamados clásicos, habiendo sido su literatura, durante tantos siglos, fuente inagotable de belleza artística, ellos revisten una importancia particular, y a ellos nos referimos especialmente en este estudio. Nuestra civilización, dice el doctor Emilio Sequi, está de tal modo cimentada sobre la de los griegos y de los romanos, que para conocernos bien a nosotros mismos es necesario, principalmente, conocerlos a ellos a través de su literatura, que es el documento más auténtico de que podemos valernos para conocerlos en su esencia espiritual. (3).

II

S U I M P O R T A N C I A

SUMARIO. -1. La Literatura y la nacionalidad.-2. Eficacia educadora de la Literatura antigua.- 3. Guías y modelos del buen decir. -4. Su rectitud y nobleza de ideales.

Las letras son la florecencia de la civilización de un pueblo. Ellas retratan en particular el alma colectiva de una nación, a tal punto que se puede decir que la Literatura es el alma nacional fotografiada en el papel; es el reflejo de su civilización, la expresión de su vida espiritual, la cifra y el compendio de lo que representa su historia. "el trasunto fiel de la estructura psicológica y moral de una sociedad y de una época." (4). Los etnólogos no tienen medio más seguro para conocer a un pueblo que el estudio de su literatura, porque ella, como dice Esteban Moréu Lacruz, es la base de la educación científica y literaria, y aún ética y cívica, es el campo de experimentación de las leyes del pensamiento y de las leyes de la palabra, el punto de partida para el estudio de otras lenguas, y aún para el análisis y ejercicio así de la filosofía del lenguaje como del arte del bien decir.(5). De aquí la importancia que los países más adelantados y cultos dan a los estudios literarios, y la trascendencia, no sólo lingüística, estética y literaria, sino también filosófica, científica y aún moral y social de los estudios clásicos.

Nadie podrá desconocer, por lo tanto, la importancia de las

literatura clásica de los antiguos, sobre todo si se considera la amplitud de sus vastos horizontes y su eficacia altamente educadora. El análisis literario de aquellas obras maestras, dice Seoane, (6), no crea, ciertamente, el genio, que es don ingénito en los seres predilectos. Pero, del mismo modo que la contemplación de los fenómenos de la naturaleza, despierta en cada espíritu, según su índole, gratas fruiciones y fecundante fuerza, sacia los goces de la curiosidad erudita, graba en las mentes el recuerdo de las sociedades en que se han desarrollado grandes acontecimientos, analiza a los hombres, permite investigar los secretos designios y las causas reales de los hechos, y abre camino para comprender, de ese modo, el engrandecimiento, esplendor y decadencia de las naciones, y realiza así uno de los fines más importantes de los estudios históricos, logrando que la experiencia de los siglos sea provechosa para las posteriores generaciones.

No todos los hombres reciben del cielo la centella divina con que resplandecían las frentes de Homero y de Dante, de Cicerón y de Virgilio. (7). En el reparto que ha hecho de sus dones la Providencia, a cada individuo han tocado en suerte ^{disposiciones} distintas que le obligan a consagrarse a un fin determinado; la aptitud, juntamente con cierta tendencia constante e invencible, es lo que se llama vocación. La vocación necesita para que sea completa de la educación.. El artista, antes que todo, es hombre, por consiguiente, su educación debe ser ante todo humana, y tal que le haga capaz de ideas grandes, de pensamientos sublimes y de afectos generosos y levantados. En el trato con los ilustres clásicos de la antigüedad hallaremos un venero fecundo de nobles ideales. Sólo los grandes hombres dicen las grandes cosas.

Tratándose de la literatura, arte tan complejo y vasto, claro es que el artista literario debe estar adornado de cultura amplia y exten-

sa; le es indispensable conócer las leyes del arte que cultiva, los mejores modelos que nos ha dejado el entendimiento humano, los procedimientos técnicos de que se han valido en sus composiciones, no para imitarlos servilmente, sino para asimilarse libremente sus bellezas.

Y no hay mejores maestros que los clásicos griegos y romanos. Ellos nos introducen en el verdadero mundo del arte, presentándonos poemas tan perfectos en sí, de un conjunto tan proporcionado, tan hábilmente concebidos, tan vigorosos, tan espontáneos, tan nacionales, tan admirables en la ejecución como exquisitos en la forma, que mal puede avanzar en el campo de la literatura quien no conoce esos altos vuelos del espíritu humano, cristal limpidísimo en donde se retratan el ingenio y la civilización de los grandes pueblos y de las grandes épocas de la historia.

Los griegos, dice Gener, dieron a la humanidad la más espléndida cosecha intelectual y afectiva que jamás haya producido pueblo alguno. Las obras de sus artistas no cesan^{ron} de ser modelo de hermosura entre los humanos. Su actividad cubrió de ciudades florecientes las riberas de ese mar sagrado en que el arte y las ideas subsisten en la atmósfera, como alimentadas al vapor de sus aguas. Y su armonía interna dio al lenguaje, a la expresión del pensar y del sentir una excelencia que aun no se ha sobrepujado.⁽⁸⁾ Su estudio, pues, es la mejor escuela de las letras y del buen gusto, y por su medio conseguiremos, dice Cantú,⁽⁹⁾ claridad de ideas, noble regularidad y exposición precisa y elegante.

¿Quién no admira la pulcritud y el esmero de Virgilio, la brevedad y pureza de Salustio, la fecundidad, dulzura y magnilocuencia de Tito Livio, especialmente en sus oraciones, llenas de calor, de fuerza, de armonía, la elegancia, la agudeza^{za} y la rapidez de César? Qué decir de Cicerón, rico y limpidísimo manantial de elocuencia en todo género de escritos; de Homero, poeta inmenso como el océano, rebotante de todas las virtudes; de Hesíodo, tan útil por sus preceptos; de Píndaro, príncipe

de los líricos; de Aristófanes, tan excelente reformador de las costumbres con sus ataques al vicio hechos con tanto conocimiento y práctica de la lengua y con tanto aticismo; del dulce y sentencioso Eurípides; del admirable Sófocles; del fuerte Esquilo, inventor de la tragedia; de Herodoto, padre de la historia, que modula su frase con tanta elegancia como gusto, iluminando la sencillez de su narración con destellos poéticos en que a porfía centellean las bellezas del drama, de la epopeya y aún de la elocuencia?.... De aquí que Roma, que debió su civilización a Grecia, cuando llegó al colmo del saber humano en ese tiempo, y escribió libros que nos hacen doblegar la frente en prueba de admiración y respeto, en vez de repudiar a los maestros, exclamaba por boca de Horacio, dando las reglas del bien decir:

.....Vos exemplaria graeca

nocturna versate manu, versate diurna.

Esta regla del arte, dice Francisco García Calderón en el discurso inaugural de la Academia correspondiente de la Real Española, (10), que se aplicó entonces a los libros griegos, se refiere hoy a los latinos, porque con respecto a ellos nos hallamos en condiciones idénticas a las que tuvieron los romanos en cuanto a Grecia. Y deduce como conclusión que es preciso vulgarizar por medio de la estampa los escritos desconocidos y preciosos que existen de lejanos siglos, y promover sin descanso la reimpresión de obras clásicas en ediciones esmeradas.

No basta que los clásicos sean guías y modelos del buen decir: precisa, además, que ofrezcan modelos de rectitud y de nobleza de ideales, que insinúen a obrar con honradez y prudencia. Y a esto lleva el estudio de los clásicos prudentemente dirigido. Thiebault (11) ha observado que entre lo bello y lo bueno, entre las cualidades de lo uno y lo otro, hay una relación tan mutua, un vínculo tan estrecho, que lo uno supone necesariamente lo otro, y que el buen estilo contribuye mu-

cho a la perfección y finura de las costumbres. Y Rousseau declara que lo bueno no es sino lo bello en acción, y que el gusto estético se perfecciona con aquellos mismos medios con que se perfecciona la prudencia moral. Por esto los griegos, esa nación tan altamente sabia y pensadora, emplean en su lenguaje el vocablo bello en el sentido de bueno, y a menudo llaman a la virtud con el mismo nombre de la belleza, porque bien sabían que los elementos de la una se confunden con los de la ótra, y que, ordinariamente, lo que constituye la belleza es también aquello que da origen a la belleza. Los clásicos, por consiguiente, estudiados con el debido tino y discreción, a la vez que son maestros de la verdad y de la belleza, lo son también de la bondad, puesto que enseñan a pensar con rectitud, a hablar con fuerza y elegancia, e inducen a las buenas acciones con aquellos ejemplos de abnegación, de grandeza de alma, de fuerte amor patrio de que está llena su historia.

Amemos, pues, y acariciemos esos monumentos de la razón humana; admiremos sus atrevidos vuelos, y su estudio dará mayor grado de vigor y de desarrollo armónico a las facultades. Parecerá a alguno que esos argumentos no son de tan inmediata aplicación práctica en la vida material, y que su extensión es muy limitada; pero una inteligencia vigorosa y bien formada, en muy poco tiempo adquirirá la extensión de conocimientos que habrá menester en el curso de la vida.

III

SU INFLUENCIA EN LA LITERATURA MODERNA

- % % % % % % % % % % % % % % % % -

SUMARIO. - 1. Lo que nos dice la historia. - 2. Influencia saludable del Renacimiento. - 3. Dante y otros grandes poetas. - 4. La edad de oro de la literatura española .

Una mirada general a la historia de las letras nos dará a conocer cómo los clásicos antiguos han constituido la base de la literatura moderna. El progreso de las lenguas italiana y española del siglo XVI y la perfección de sus literaturas débense principalmente a los estudios clásicos, así como a su abandono se debe, según Faguet, la actual crisis de la lengua francesa. ¿Quiénes fueron, en efecto, las cumbres literarias que descollaron en las literaturas italiana, francesa, española, inglesa y alemana, sino hombres que habían profundizado el estudio de los clásicos antiguos y que de tan hondas raíces extrajeron la savia fecunda de bellezas admirables?

Es el clasicismo, sobre todo el helénico, árbol de exuberante savia, fuente de la más rica inspiración, escuela del mejor gusto, templo de la armonía, mesa abundante y copiosa de la que se alimentan las Gracias y las Musas en todas las literaturas. Su estudio no perjudicó, antes ayudó a los clásicos de España a reflejar mejor el pensamiento cristiano, idealista y realista a la vez, de la raza española, personificada maravillosamente, así como toda la humanidad, en Don Quijote y Sancho. La cultura moderna, y particularmente el Renacimiento, quiso y debió ser la Grecia en gracia de Dios, según le calificó felizmente Le-

tamendi.(12). El Cristianismo no vino a destruir sino a purificar y bautizar en el Jordán de la verdad y de la gracia al Paganismo.

Fue el Renacimiento una florecencia literaria y artística que se produjo en Europa, especialmente en Italia, desde la mitad del siglo XV. Despertóse entonces en todos los espíritus un entusiasmo extraordinario por las obras de la antigüedad clásica, griega y romana; multiplicáronse las universidades, los colegios y las bibliotecas enriquecidas con los libros clásicos que se daban a luz y los manuscritos traídos de países extranjeros; tradujéronse al latín muchas obras griegas, y se fundaron academias en que se explicaba y discutía la filosofía de Platón y de Aristóteles. El culto apasionado por todo lo antiguo se comunicó a Francia y España por las frecuentes relaciones que existían entre estos países y la península italiana, y concluyó por hacerse general en las naciones cultas de Europa.

Fue saludable la influencia del Renacimiento en la literatura moderna? Se le acusa de haber comprimido el vuelo del genio nacional, desviándolo de la originalidad y condenándolo al trabajo estéril de la imitación. El Renacimiento, dícese, ha hecho imitadores y eruditos, ha perfeccionado el gusto en la forma literaria; pero perjudicó a las lenguas y literaturas nacionales, dando preferencia a las lenguas antiguas que se consideraron como las únicas dignas de ser el lenguaje de las Musas. La poesía perdió la frescura, la naturalidad, la encantadora sencillez de los siglos XII y XIII; y la historia, imitando la gravedad de los historiadores clásicos, no tuvo la animación, el interés y lozanía de las crónicas medievales. (13).

No puede negarse que hay mucho de verdad en esto. Como toda obra humana, este caluroso impulso hacia la antigüedad tuvo exageraciones e inconvenientes, siendo uno de ellos el extremado culto por la forma, que dio origen al culteranismo, plaga que invadió el campo de casi todas las literaturas modernas. Pero, en el fondo, la imitación de las obras de la

literatura clásica ha influido favorablemente en las letras modernas, porque se formaron en el estudio de los mejores modelos; y si bien perdieron no poco en originalidad, en cambio, ganaron en perfección. Pasado el excesivo ardor por lo antiguo, los hombres superiores se desligaron del espíritu de servil imitación, y compusieron obras originales en forma clásica y en lengua vulgar.

La influencia del Renacimiento fue tal que un entusiasmo desbordante y único se apoderó de los hombres. Amaron la vida exaltadamente, dice Ureta, (14), y la derrocharon con prodigalidad excesiva. En el vértigo de una existencia, a la vez desordenada y fecunda, unieron a los más grandes excesos, las más altas virtudes. Es la época de los alientos inauditos y las empresas gigantescas, de todas las audacias, de todas las locuras, de todas las rebeldías. No parece sino que el alma sin dirección ni norte, ebria de luz y de espacio, se lanzara al infinito en pos de un ideal brillante de placer y de gloria.

Las letras culminaron entonces en Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, Portugal y España, alentadas doquiera por el espíritu de la antigüedad clásica que guió sus pasos al ideal de una perfección jamás lograda hasta entonces.

En Italia, la obra de Dante, aunque inspirada en el espíritu cristiano de la Edad Media, tiene, sin embargo, sugerencias que anuncian la aurora del Renacimiento. Dante profesa, en efecto, un culto apasionado por los antiguos clásicos. En ellos bebió la inspiración admirable de su poesía y de su arte, de su fe y libertad, de su amor y de su dolor. Confiesa el mismo Dante que todo el primor de su estilo lo debe a Virgilio, cuyas obras había estudiado con diligencia y amor, y por eso le llama su maestro y su autor preferido (15), y quiere que él sea el guía de sus pasos en su viaje por los reinos de ultratumba. Y en el canto XXI del Infierno hace ver, por boca de Estacio, cuánto

influye en el ánimo el estudio de los grandes poemas, y cómo se encarna uno con los grandes autores, hasta el punto que Estacio afirma que estaría con gusto un año más en el Purgatorio con tal de ver a Virgilio, su poeta favorito (16).

En el estudio de los clásicos se forma Petrarca, y a ellos les debe su inmensa y riquísima cultura intelectual y artística; Bocaccio se inspira en el mismo espíritu, y de ellos saca aquella pureza y perfección de la forma, y aquella tersura del lenguaje y atildamiento ático y elegante de su estilo; y así Ariosto y Tasso, Metastasio y Monti, Corneille y Racine, Shakespeare y Milton, Klopstock y Goethe, Schiller y Schlegel y Camoens, y en fin todos los más ilustres representantes de la literatura moderna.

¿Y en España? Boscón sigue la amable sencillez de Horacio, lo mismo que Garcilaso de la Vega que nos ha dejado verdaderas joyas de arte que son dechado de dulzura y encanto, de sencillez seductora y de amenidad grata. ¿Qué decir de Luis de León, poeta lírico de los más ilustres de España, sabio maestro, docto en las lenguas hebrea, latina griega e italiana, traductor de Tibulo, Virgilio y Horacio, cuyas poesías son de una elegancia y un gusto exquisitos, llenas de imágenes vivas y animadas, y de una fluidez amena? ¿A qué debió Herrera, sino a su vastísima cultura clásica, aquella dicción poética rotunda y vigorosa, y de una flexibilidad armoniosa y musical en la versificación, que elevó el acento ~~el acento~~ de su estrofa a alturas y matices a que muy pocos han llegado? De la misma fuente sacó Luis de Granada la elocuencia e imaginación arrebatadora de sus obras. Si es extraordinaria la pasmosa y no igualada fecundidad literaria de Lope de Vega así como la alteza de su genio universal, se debe reconocer también que se educó en la escuela de los clásicos antiguos, y por ellos encaminó su arte hasta llegar a ser el fundador del genuino teatro español. Lo mismo puede afir-

marse del inmortal Cervantes, de Tirso de Molina, de Calderón de la Barca, y de los más eminentes poetas de la edad de oro de la literatura castellana, cuyas obras, monumentos magníficos de arte y de belleza, tienen como base firmísima los primores y la serenidad de los clásicos antiguos.



IV

LOS ESTUDIOS CLÁSICOS EN EL PERÚ

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

SUMARIO . - 1. Inclinación al clasicismo. - 2. Durante el Coloniaje.- 3. Durante la República.- 4. En nuestros días.- 5. Misión de la literatura.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Concretándonos a nosotros cabe afirmar que, salvo algunas épocas transitorias, los estudios clásicos han dominado siempre en el Perú, y que los más notables peruanos que han descollado en las letras y en las ciencias se han formado en su ambiente, fuera de que el espíritu y el carácter del clasicismo concuerdan admirablemente con el espíritu y el carácter de nuestro pueblo.

La inteligencia peruana, dice Riva Agüero, (17), lleva ingénitas muy definidas tendencias al clasicismo...Por regla general el peruano literato propende a la dirección clásica y se esfuerza por acercarse a aquel dechado, rehuendo las tenebrosas vaguedades, las difluentes e imprecisas visiones de lo que aun llamaremos romanticismo...Nuestras aptitudes, por conformación y coincidencia espirituales, mucho más que por derivación de sangre, se avienen sorprendentemente con la tradicional cultura mediterránea que denominamos latinismo...Tres movimientos anticlásicos han penetrado en la literatura peruana: el gongorismo, el romanticismo y el modernismo; y la infecundidad e inferioridad general de sus resultados saltan a la vista. En cambio desde el Inca Garcilaso y el Padre Diego de Hojeda (español éste de nacimiento, pero enteramente peruano de educación y vida), el río del clasicismo, salvando de

los transitorios pantanos de amanaramiento y de las vertiginosas y efímeras caídas de la desmandada inspiración, lleva sus límpidos meandros hasta nuestros más célebres representativos del siglo XIX.

En efecto, el estudio de los clásicos antiguos tuvo sus cultivadores en el Perú virreinal. Los literatos de la conquista, aunque se mostraron desconocedores de los clásicos griegos, fueron ardientes imitadores de los latinos y sobre todo de Virgilio.(18). Vino después el siglo XVII en el que, bajo la capa de erudición y cortesanía, se perdió la grandiosa sencillez primitiva en que sobresalió Ercilla, y fue decayendo la obra literaria en el más empalagoso gongorismo. No obstante, no faltaron en esa época ingenios privilegiados que, ahondando los estudios de latinidad que se hacían entonces esencialmente en conventos y seminarios, supieron sacar partido de los clásicos en composiciones que, si bien no son del todo irreprochables, muestran frecuentemente estrofas de inspiración feliz y levantado vuelo.

Sin contar a Cieza de León y Hojeda, autores de marcado sabor clásico, nacidos en España, y que escribieron aquí sus hermosas obras, el Perú ostenta en la edad de oro de las letras españolas al Inca Garcilaso, uno de sus más notables prosadores y el más grande que produjo la colonia, estudioso de los historiadores clásicos de Roma, sobre todo de Plutarco y Julio César, amante de las sutilezas y disquisiciones de la metafísica platónica, y cuyo estilo tiene la llaneza sublime y el heroico candor de un cantar de gesta o de los libros de Herodoto. De sabor clásico son también las obras de Diego Mejía, el infatigable traductor de Ovidio y adicto secuaz de Horacio, Boecio y Aristóteles, de los trágicos griegos y de Virgilio; las estrofas de Clarisa en su Canto en loor de la poesía; y las de Amarillis en su famosa Silva, como también la suave y dulce poesía que cultivó el Virrey poeta, Príncipe de Esquilache.

Durante la República continúa el clasicismo suscitando los más

grandes genios literarios. En la escuela clásica se educan, efectivamente, Mariano Melgar, excelente traductor de algunos pasajes de las Geórgicas de Virgilio y los Remedio^s de Amor de Ovidio; José Joaquín Olmedo, de elevación, majestad y arrebatos insuperables, dueño de la inspiración y de la rima; José Manuel Valdez, el autor del Salterio Peruano; Felipe Pardo y Aliaga, el poeta de mayor celebridad e inspiración clásica que ha tenido el Perú (19); Carlos Augusto Sallaberry, equilibrado y sereno, fiel, aunque romántico, a las tradiciones clásicas, cultivadas por él especialmente en la poesía patriótica; Clemente Althaus, que bajo un ropaje romántico encubría su verdadero corte clásico dentro del atildamiento que se observa en sus composiciones tan esmeradas y pulidas; Pedro Paz Soldán y Unanue, (Juan de Arona), versados en los estudios clásicos, de severa y grave inspiración, traductor de Lucrecio, Plauto y Virgilio.

De ellos y de muchos otros de nuestros mejores poetas, en los últimos tiempos, y aun en nuestros días, no afirmamos que toda su producción sea clásica; sólo decimos que, alimentado su espíritu selecto con el estudio constante de las obras maestras que nos legara la antigüedad, consiguieron remontarse, en sus mejores composiciones, a ese admirable ambiente de serenidad, equilibrio y armonía que son el distintivo inconfundible de las literaturas antiguas.

Y se nota esta corriente aun en muchos de aquellos que pudieran parecer más alejados de ella. Palma, Cisneros, Riva Agüero, Yerovi, Gálvez, aunque modernistas en muchas de sus producciones, aman a los clásicos. González Prada, dice Riva Agüero, por las bruñidas metáforas, por el estilo objetivo, es un parnasiano; y el parnasianismo fue la escuela moderna más afín de la clásica. (20). Admite el mismo escritor, que el enmarañado, tempestuoso y frenético Chocano sea una excepción en nuestras letras, pero reconoce que en los últimos tiempos nos ha dado muchas claras muestras de conversión al clasicismo, de refulgencia serena y precisa

En nuestros días no es aventurado afirmar que los estudios clásicos andan muy de capa caída. Ya no hojean los jóvenes las obras maestras: están relegadas al olvido. La supresión del estudio de los idiomas mal llamados muertos nos ha alejado del noble y provechoso trato con los ingenios antiguos. Los programas o planes de enseñanza en los colegios no les dan importancia; los maestros, con honrosas excepciones, las descuidan por completo, y las nuevas generaciones, agitadas por ensueños retóricos, en medio de un vivir turbulento y movedizo, consideran estos estudios como inconducentes en la vida febril y calculadora de la sociedad moderna. ¿Qué mejor prueba que esa literatura tan artificiosa y amanerada, hoy en boga en nuestras revistas y publicaciones literarias, aquel estilo intrincado y confuso, a veces incomprensible, a veces pobre de fondo, de forma caprichosa y de mal gusto, a veces difuso y redundante, con mengua de la sobriedad, llaneza, nitidez, elegancia y concisión que nos enseñaron los clásicos y que son el sello característico de sus obras? ¿Por qué se ha de considerar la literatura sólo como un asunto de puro solaz y pasatiempo, como un entretenimiento bueno para ocupar las horas de ocio, o como una especie de receta para alejar el fastidio? (21). ¿No tiene, acaso, la literatura una misión altamente educativa, puesto que ejercita las más nobles facultades del alma y es un medio para mejorar al hombre?

Abramos los clásicos. Con un guía prudente se evitará escollos y tropiezos y se hallará hermosuras no soñadas. Se hallará en ellos la verdadera poesía, aquella poesía que tiene valor real y propio, que eleva el alma a las regiones de lo bello, que ennoblece los afectos, que cultiva rectamente las inclinaciones y dispone a la gracia y elegancia moral en una palabra, que educa al hombre y forma el carácter, y lo hace capaz de aprovechar de todas sus energías y ponerlas en juego en cualquier empresa que se ofrezca a su paso, siempre con buen resultado. Así podrán encaminarse las letras a cumplir su alta misión en beneficio de las

colectividades. No deben resignarse a ser meras fotografías de la podrida sociedad. Deben ser el rayo de luz que baja de lo alto y recuerda al hombre su destino inmortal, y le enseña el derrotero hacia las alturas, y le describe un mundo digno de los seres inteligentes...Deben ser los intérpretes de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero, los tres grandes principios sobre los cuales, como sobre cimientos graníticos, se asienta el mundo moral. Deben ser sobre todo, mensajeras de la Verdad y reflejar en blancas páginas sus resplandores divinos.



V

SU CONVENIENCIA EN LA EDUCACIÓN

----- (o) -----

SUMARIO. - 1 - Fin de la educación.- 2. ¿Conduce a este fin el estudio de los clásicos antiguos?- 3. Conviene desde la enseñanza secundaria. - 4. Acostumbra a pensar y enseña a hablar. - 5. Insinúa a obrar rectamente.

----- (o) -----

El hombre, como todos los seres del universo, tiene un fin propio cuyo conseguimiento le exige determinadas condiciones y medios apropiados. En el desarrollo de su vida se vale de sus propias facultades y actividades físicas y espirituales, pero, además, está sujeto más o menos directamente, a la influencia de todo aquello que le circunda (ambiente físico, social, religioso): no puede alcanzar de por sí su propia finalidad; tiene necesidad, especialmente en el comienzo de su existencia, de la ayuda de otros para su mantenimiento, para su instrucción y para la dirección de sus facultades morales. Todo este trabajo de formación, en parte espontáneo y en parte reflejado del ambiente físico, doméstico, escolar y social, que conduce al hombre a lograr su propia finalidad, es la obra de la educación, que, como la define el prof. Cimatti, consiste en la preparación del hombre entero para la vida completa.(22). La educación, por lo tanto, debe tender a cultivar, ejercitar, desarrollar, fortalecer, hermostrar todas las facultades físicas, intelectuales, morales, religiosas que forman en el niño la naturaleza y la dignidad humanas; a dar a estas facultades todo el vigor de que son capaces; a llevarlas a la plenitud de su poder

y de su actividad, y así formar al hombre y prepararlo para servir a su patria, sea cual fuere la posición social en que deberá actuar; y elevando aún más nuestro concepto, prepararlo a la vida futura, sublimándole la presente. Esto es lo que se busca en la educación.

Esta finalidad que persigue el hombre no puede ser, por lo tanto, únicamente personal, en el sentido de procurar ventajas o placeres al individuo: sería demasiado estrecha, reducida, deficiente. Hay aspiraciones superiores, dice Luis Miró Quesada, que nosotros las queremos en la creencia de que son válidas en sí mismas, independientemente de la ventajas que reportan a los individuos. Y es que existen en la vida tres grandes dominios de "valores absolutos" que se refieren al bien, a la verdad y a la belleza, y que constituyen los ideales del hombre, la meta para sus acciones. A realizar esos ideales se dirige la más profunda aspiración voluntaria del individuo: ellos se imponen al espíritu como exigencia de perfeccionamiento y como condición de bienestar colectivo. (23).

Significando, pues, la obra educativa ^{de} una preparación para la vida, le corresponde favorecer en los educandos la aspiración a realizar los valores ideales humanos, dándoles, a la vez, la capacidad suficiente para cumplir tal propósito. Ahora bien, el estudio de los clásicos, sobre todo de los antiguos, conduce a llenar cumplidamente este fin en el campo ético, en el lógico y en el estético, legislando la voluntad, el pensamiento y la imaginación. No será el único camino, es cierto. Pero es un camino seguro, noble, elevado, pintoresco, rico de luz, de hermosas perspectivas y de aires puros y serenos. Buscar en la educación sólo lo que es inmediatamente útil y aprovechable, lo que prepara directamente a una profesión, alejando y despreciando todo lo que trascienda aquellos límites, es labor egoísta y apocada, digna de Sancho que sólo se preocupaba del buen yantar, del buen dormir y del cómodo desentenderse de todo lo que no sea encontrar a

tiempo y hasta a oscuras la²⁴ alforja del pan. El estudio de la literatura clásica contribuye a dar un sentido profundamente desinteresado a la educación misma, difundiendo en la orientación de la cultura sanas ráfagas de idealismo, de generosidad, de ensueño.

Conviene comenzar este estudio desde la enseñanza secundaria.

¿Cuál es, en efecto, el objeto de la enseñanza secundaria sino lo verdadero, lo bello, lo bueno? ¿Cuál es su fin primario y sustancial sino formar el hombre, en el sentido más elevado de la palabra? La instrucción primaria no da sino los primeros rudimentos de las cosas, y procura a los jóvenes todo lo que les es necesario en el mundo real, en las necesidades prácticas de la vida. La instrucción media, al contrario, es, o debiera ser, esencialmente, educativa: ella se dirige no sólo al entendimiento, sino también a la imaginación y a la voluntad; no sólo busca de enriquecer la mente con un número más o menos vasto de conocimientos, sino que también procura que el alumno adelante con eficacia práctica en el ordenado gobierno de los propios afectos y de las propias acciones; ella, en una palabra, se sirve de la cultura del entendimiento sólo como de un medio, poderoso por cierto, de fortalecer la voluntad, santificar el afecto y formar en él aquella preciosa cualidad, meta de sus aspiraciones, que llamamos carácter. Con más criterio que muchos otros países de Europa y América, Inglaterra se ha servido de la educación clásica para encaminar la obra de la enseñanza secundaria a la formación del carácter, es decir, a educar, mientras otros piensan sólo en instruir.

En primer lugar, el estudio de la literatura clásica cultiva la inteligencia y perfecciona la palabra. La palabra no sirve sólo para manifestar nuestros pensamientos. Ella sirve para algo más: es un instrumento poderoso e indispensable de la reflexión. El hombre comienza a reflexionar cuando comienza a hablar. La facultad del raciocinio no puede desarrollarse si no está corroborada por la palabra hablada o

escrita. La palabra, pues, sirve, en primer término, para ejercitar la potencia intelectual de la mente, para vigorizar y reforzar el pensamiento, y luego para revelar este mismo pensamiento, del que es como el vestido. Y como el pensamiento gana tanto más en eficacia y poder cuanto es más apropiada la voz, más límpida la frase, más robusta la dicción se ve cuánta importancia tiene el estudio de la palabra, y por consiguiente, la importancia, más aun, la necesidad del estudio de los clásicos antiguos que fueron y serán siempre modelos inarrivables en el arte de la palabra. ~~Ellos~~ Ellos, en efecto, dieron al pensamiento una forma tal que, si bien no es posible decir que sea la única que se pueda aplicar al pensamiento, es sin embargo tan selecta y exquisita que aun no se ha encontrado una mejor, a tal punto que a una gran parte de Europa, durante varios siglos, le pareció cosa honrosa sacrificar sobre el altar del genio clásico su propia virtud inventiva. En sus obras hallamos la exactitud del concepto y la propiedad de la locución, la elegancia que deriva del gusto y la sencillez que procede de la naturaleza. Por esto, estudiando sus obras, mientras ejercitamos nuestras facultades intelectuales, mientras aprendemos aquella profundidad de pensamientos, aquella vivacidad de ideas que las animan, aprendemos también el orden en que están ellas dispuestas, el vínculo que las une, la armonía que las embellece, cualidades todas que, repercutiendo en la palabra, hacen de modo que esta surja eficaz, poderosa, vigorosa, tal que pueda producir aun hoy aquellas grandes maravillas que nos ofrece la historia.

No entiendo con esto que nuestras obras deban ser serviles: jamás. Imitar no es copiar. La copia envilece y deprime: la imitación embellece y levanta. Nuestra literatura fue tachada muchas veces de vana palabrería, lo que derivó de haber separado la palabra del pensamiento con daño inmenso de ambos. Repóngase el pensamiento en el grado de estimación que le corresponde haciendo que sea el alma y la vida de nuestra



habla; empero, cultivemos también la palabra como instrumento necesario, eficacísimo para la plena manifestación de aquél.

En segundo lugar, orientado debidamente el estudio de los clásicos antiguos, se hallará en ellos materia suficiente para encaminar al alumno a obrar con sabiduría. Aquella grandeza y nobleza de alma, aquel desinterés, aquella aversión a la injusticia, aquel amor del público bien que resplandecen tan a menudo en la vida antigua son ejemplos eficaces de que puede sacar partido un maestro en la educación de la juventud.

Se dirá que tienen defectos esas literaturas. ¿Y qué literatura no los tiene? ¿Quién no se ríe de sus puerilidades mitológicas? ¿Qué con nosotros Júpiter Tonante, Apolo el rubicundo, la dulce Proserpina, Venus y Cupido, Palas y Mercurio? Déjese aparte, en buena hora, cuanto repugna a la moral y al sentido religioso: tómese tan sólo lo bueno, que es mucho. (24). Es necesario hacer como la abeja que de las flores no toma sino lo que ~~le~~ sirve para la elaboración de sus panales. La vida de los atletas, por ejemplo, que se sometían a toda suerte de penalidades, ¿no enseñará a tolerar animosamente las incomodidades de la vida? Dédhado del hombre prudente y sufrido es Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en la persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán. El llanto de la madre del joven Ascanio, los presentimientos y el dolor de Evandro, los funerales de los Troyanos inmolados por la espada de la guerra, las tristes y animosas palabras de Eneas bendiciendo a su hijo, el guerrero que muere recordando su querida Argos, la muerte de Camila, el dolor de Juturno al aproximarse el momento supremo de Turno su hermano... ¡qué hermosos cuadros virgilianos, en que se nos revela un alma como la de Eurípides,

impregnados de una dulce tristeza, llenos de ternura y expresión, melodiosos, dice Tissot, como la voz de la mujer cuando es eco fiel de un corazón palpitante de simpatía y de amor.⁽²⁵⁾ ¿Quién no se deleita en las bellezas y encantos de la *Geórgicas*? Ellas respiran un amor verdadero al campo, un vivo e íntimo sentimiento de las bellezas de la naturaleza, un deseo ardiente de la paz que conserva a los hombres y que hace florecer los estados.

Las obras de Homero, a falta de la historia, dice Jünemann, (26) nos permiten ver con suma claridad los imponentes contornos de su fisonomía moral: la nobleza, fuerza y profunda religiosidad de su alma y su elevado concepto de la moral. Con inexorable rigor censura el vicio y con ardoroso entusiasmo ensalza la virtud; hasta los arrebatos al parecer, justos, de la pasión reciben tremendo castigo. Nadie como él ha cantado la fidelidad conyugal, su honor y gloriosa recompensa; nadie mejor que él, la piedad filial y la predilección con que la mira el Cielo. Sublime y brillante es la *Ilíada*; la *Odisea* es de una ~~su~~ sublimidad templada que le da irresistible atractivo. No atrae y suspende como el poema de *Ilíón*: pero sopla en ella tal aura de virtud y tan seductora gracia que se hace amar, así como admirar aquella. Respira en ambas la misma alma, grande y apacible, que, sin dejar de tocar jamás el suelo, ni se detiene en él ni con él se mancha, sino que mira siempre al ideal, aquel cielo purísimo del arte, donde todas las cosas, aún las mezquinas y tristes de la tierra, se reflejan bellamente en las diáfanas y resplandecientes ondas del éter.



000804

VI

LOS IDIOMAS CLÁSICOS

%%%%%%%%%

SUMARIO. 1. ¿Fomentan la cultura?- 2. Su carácter sintético.
3. Esfuerzo provechoso que exigen. - 4. Amplitud de conocimientos que suministran. - 5. Honroso lugar que ocupan en la cultura humana. - 6. Testimonios notables.

No hay ya en nuestros tiempos quien crea que los idiomas clásicos, es decir, el latín o el griego, a pesar de su venerable antigüedad, son instrumentos indispensables de cultura. Y estamos de acuerdo. No se puede resolver de un modo absoluto un asunto tan relativo, que depende de tan diversos factores y circunstancias. Si por muchos siglos la humanidad no quiso saber de otros caminos que llevaran a la montaña de la ciencia que el camino real seguido por griegos y romanos, hoy el constante afán de progreso y renovación los han puesto de lado, y se ha ido en pos de nuevas rutas, por ventura más risueñas, más breves, más prácticas, más ventajosas. Bástale a cada día su propio afán, se alega; cada hombre debe vivir su época; hay que dar sentido práctico a la educación... ¿Querrá decir esto que tales idiomas merezcan el menosprecio y el desdén de los sabios? ¿que no tengan más la eficacia constructiva y educadora de otros tiempos? ¿que ya no sirven porque exigen esfuerzos de la voluntad? ¿No tendrá ya el latín la seguridad, firmeza, claridad, sencillez sublime y riqueza, que hacían de él un excelente ejercicio práctico de la inteligencia? ¿o son ya inútiles aquellas cualidades? ¿Habrá sido una costumbre empírica

aquella que, durante tantos siglos, ha puesto como base y fundamento sustancial de la educación secundaria las lenguas clásicas? ¿No habrá sido ello, más bien, el producto de una larga reflexión, que se formó con el conocimiento íntimo de aquellas lenguas y de las facultades humanas? ¿Cómo explicar de otro modo el hecho de que en muchas naciones de las más adelantadas el estudio de los idiomas clásicos es hoy considerado como fundamental en la enseñanza media o secundaria?

Veamos. ¿Qué es una lengua? No es ~~simplemente~~ simplemente una masa de palabras unidas entre sí por medio de vínculos gramaticales: es algo más. Es la manifestación hablada de un gran pensamiento en el cual se acoge toda la vida de un pueblo. Tómese una ciencia cualquiera, las matemáticas, por ejemplo: ella no desarrolla sino un lado del hombre racional, sólo algunas facultades humanas. En la lengua, al contrario, se encierra toda el alma de un pueblo, porque ha sido creada por todas las facultades humanas, y así quien quiera aprenderlas debe ponerlas todas en juego.

Esto puede decirse de cualquiera lengua, en general, pero con mayor razón de las lenguas antiguas, las cuales por ser esencialmente sintéticas, ayudan poderosamente a reforzar en nosotros la facultad del raciocinio. Es un hecho que el carácter sintético de una lengua está en relación con su antigüedad: las lenguas modernas son tanto más analíticas cuanto es más reciente su creación.

Pues bien, aquel organismo sintético que informa las lenguas clásicas, aquella estructura simple y precisa que las anima, aquella potencia toda interior que las valoriza, someten a dura tarea la mente humana cuando intenta penetrar sus secretos y apoderarse de aquella fuerza que las hace inmortales. Pero, ¿hay algo mejor y más educativo que aquella lucha que es preciso sostener cuando se quiere aferrar el sentido oculto de un período, lucha que se hace aún más trabajosa, y

desgraciadamente no siempre afortunada, cuando aquel sentido o aquel concepto queremos expresarlo en nuestra lengua en una traducción?

¡Cuántas veces se cumple lo del proverbio italiano: Traduttore, traditore! ¡Cuántas veces hallamos dificultades casi insuperables para encontrar en castellano la forma correspondiente, y nos damos cuenta que la traducción no concuerda en nada con la intención del artista,

"perché a risponder la materia é sorda!"

como dice Dante. (27). A veces es la gracia, o la fuerza, o la precisión, o la claridad, o la brevedad, pero algo vemos que nos falta para reproducir apropiadamente el pensamiento antiguo, falta que tanto más nos desilusiona al desvanecérsenos delante lo que buscábamos, cuanto más próximos nos creíamos a aferrarlo. Esta labor dolorosa, este verdadero trabajo, -pues trabajo quiere decir el "labor" de los latinos, - que debe sostener la mente al traducir, quién puede decir lo que aprovecha para formar en ella el hábito psicológico y pedagógico a un mismo tiempo, desarrollando de un modo integral y armónico todas las facultades del alma y ejercitando a la vez todas sus fuerzas? Podemos afirmar que, así como la gimnasia física aprovecha grandemente al cuerpo, dando vigor a los músculos, enseñándonos a servirnos mejor de nuestros miembros, regulando y dirigiendo con regularidad los movimientos, aunque este desgaste de fuerza no sirva para nada inmediatamente útil y práctico, así la traducción aprovecha al espíritu, robusteciendo la actividad natural de la mente y acostumbrándonos a conocer y emplear eficazmente nuestras facultades en los trabajos mentales mediante repetidos esfuerzos. (40).

Además, como escribía Thiers, no es cierto que el estudio de las lenguas muertas sea sólo un estudio de palabras: es más que todo un estudio de cosas: es el estudio de la antigüedad con sus leyes, con sus artes, con sus costumbres, con su historia tan moral e instructiva. Desterrad el latín y el griego de vuestras escuelas, exclama Arnold(28),

y limitaréis las prespectivas de la generación existente a sí misma y a sus predecesores inmediatos; amputaríais muchos siglos de experiencia del mundo y nos hallaríamos en la misma situación que si la raza humana hubiera empezado a existir el año 1500~~0~~.... Aunque los griegos y los romanos no tenían máquinas de vapor, ni máquinas de imprimir, ni brújulas, ni telescopios, ni microscopio, ni pólvora: en nuestras ideas morales y políticas, en aquellos asuntos que más determinan el carácter humano, hay, sin embargo, una perfecta semejanza en estos respectos. Aristóteles y Platón, Tucídides y Cicerón y Tácito son llamados muy falsamente escritores antiguos; realmente no son nuestros propios compatriotas y coetáneos, pero tienen sobre éstos la ventaja de que disfrutan los viajeros inteligentes: que han ejercido su observación en un campo fuera del alcance de los hombres ordinarios, y que, habiendo nosotros visto así, de un modo que no podemos ver por nosotros mismos, sus conclusiones alcanzan hasta nuestras propias circunstancias, en tanto que su información tiene todo el encanto de la novedad y todo el valor de un conjunto de hechos nuevos y pertinentes, que explican la gran ciencia de la naturaleza del hombre civilizado.

No sin razón, pues, a pesar de las tendencias modernas hacia las artes prácticas y utilitarias, esas lenguas ocupan siempre lugar muy honroso en los programas de muchos colegios y universidades de Europa y América. Las naciones más industriales no son las que menos afición demuestran por los idiomas clásicos, pues todas saben que ellos no sólo nos abren los tesoros inapreciables de la literatura y de la filosofía de los antiguos, sino que también ellos son la matriz donde se han formado los idiomas modernos cuyo conocimiento perfecto no se conseguirá jamás sin el estudio hondo y dilatado de los primeros. (29).

Descartando aun esos fines utilitarios, a los que podríamos agregar otras consideraciones de peso, suministradas por la estética, la filosofía y el derecho, disciplinas todas ellas que exigen el conocimiento

de los idiomas clásicos, podemos alegar otro motivo muy principal, y es que su estudio constituye un ejercicio mental de gran importancia para adquirir facilidad de concepción y de exposición.

Lo mismo afirmaba, no hace muchos años, el doctor Forman en un documento firmado por más de cincuenta profesores de la Universidad de Cornell, en el que se abogaba ante el "Board of Education of Ithaca, New York" en favor del estudio del latín y del griego en las facultades superiores y en aquellas donde los alumnos se preparan para los estudios universitarios. El citado doctor cree ver en los estudios clásicos un antídoto contra la fiebre de oro y la pasión de ganar dinero a todo trance, que es la enfermedad endémica de la juventud americana, y el mayor obstáculo de sus progresos científicos. Y el doctor Andrew D. White profesa la opinión, formada por una larga observación de las carreras universitarias, que el estudio del griego ejerce un influjo decisivo en el buen éxito obtenido por los alumnos en las carreras de Leyes, Medicina, Teología, Pedagogía y Ciencias Naturales. (30).

Ya Quintiliano declaraba que la enseñanza de la lengua griega era el mejor medio de cultura para la juventud latina. (31). Bossuet decía de sí mismo: Obras francesas he leído pocas, y en cuanto al estilo lo que sé lo he aprendido en los autores latinos y algo también en los griegos. (32). El sabio Newman sostenía con razones incontestables que el juicio y madurez que caracterizan a los ingleses, se debe principalmente a la importancia que entre ellos se ha dado siempre al estudio de los clásicos antiguos.

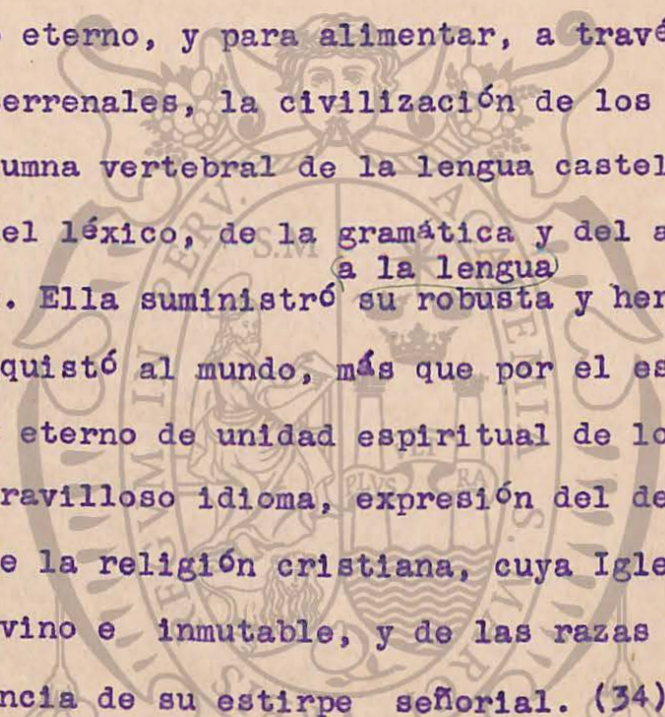
En Estados Unidos, una importante revista yanke (33) cita a este propósito cual es la opinión de muchas eminentes personalidades de ese país, sobre la importancia que se da y la influencia provechosa que se atribuye a estos estudios. "Soy de opinión, dice el expresidente Taft, que el maravilloso progreso de algunos países europeos, principalmente

de Inglaterra, se debe a los estudios clásicos que han constituido la base de su educación. Su estudio no sólo disciplina la mente, sino que prepara el camino para todo trabajo científico y literario." Así mismo el expresidente Roosevelt afirma: "Toda verdadera educación debe fundarse en los clásicos. Todo hombre bien formado debe ser familiar con los autores griegos o latinos, y si es posible con unos y otros. De lo demás le bastará tener ideas generales". "Tengo la convicción, dice Lansing, de que sólo los estudios clásicos pueden proporcionar una verdadera formación mental. Sólo ellos pueden sobreponer al joven a todo lo material, e imbuírle una elevada concepción de la realidad de las cosas". Elihu Root añade: "Soy un tenaz defensor de que se debe estudiar el griego y el latín. En la vida práctica de poco sirven esos estudios; pero, sin ellos no se consigue ese espíritu especial que proporcionan y que nada sino ellos pueden proporcionar."

Estando a las informaciones del cable, desarrollóse en junio del año pasado, un largo debate en la Cámara Francesa, sobre el estudio y discusión de un proyecto del Gobierno, en virtud del cual se imponía la enseñanza del latín y de nociones del griego a los alumnos de la segunda enseñanza, entre 11 a 15 años. La cuestión desbordando del Parlamento, se debatió en la prensa y apasionó al público, discutiéndose las ventajas e inconveniencias del proyecto. Es posible que éste no haya triunfado, pero el hecho demuestra cuán profundo interés despierta en nuestros días este punto referente a la antigüedad clásica.

En resumen, no serán los idiomas clásicos, sobre todo el latín para nosotros, el único y exclusivo factor de cultura, pero sí uno de los principales. Siganse, en buena hora, otras direcciones más conformes talvez con la inquietud actual del mundo: no por eso perderán su puesto de honor en el vasto campo de la cultura humana. Será siempre un elemento poderoso de cultura literaria, un depósito de la antigua civiliza-

ción, un medio eficacísimo para desenvolver y fortificar las facultades del alumno. Serán siempre admiradas su nobleza y dignidad, la riqueza de sus vocablos, la armonía de sus números, la energía y viveza de sus imágenes, la precisión de sus términos y aquella admirable flexibilidad con que puede representar con pasmosa exactitud los matices más sutiles del pensamiento humano. Es la lengua latina, dice al respecto Javier Prado, la lengua clásica y legisladora, el idioma construido por el genio de una raza prodigiosa para ser el lenguaje de lo universal y de lo eterno, y para alimentar, a través de los siglos y de las mudanzas terrenales, la civilización de los pueblos...Ella constituyó la columna vertebral de la lengua castellana... Ella fue la lengua madre del léxico, de la gramática y del arte literario del idioma castellano. Ella suministró ^{a la lengua} su robusta y hermosa majestad y decoro...Ella conquistó al mundo, más que por el esfuerzo de las armas, por su genio eterno de unidad espiritual de los hambres, inmortalizado en su maravilloso idioma, expresión del derecho organizador de los pueblos, de la religión cristiana, cuya Iglesia lo adoptó como el lenguaje divino e inmutable, y de las razas que recibieron de ella la alta herencia de su estirpe señorial. (34).



VII

CRITERIO EN EL ESTUDIO DE LOS CLASICOS ANTIGUOS

#####

SUMARIO. -1. Se impone la selección. -2. Huir la imitación servil. - 3. Hay una imitación noble. - 4. En qué consiste la originalidad.- 5. La imitación de la naturaleza y los clásicos.

¿Qué criterio se deberá seguir en este estudio? En primer lugar, no podemos admitir, a ojos cerrados, como elemento eficiente de cultura, y menos aún como factor educativo, cuanto nos ofrece la antigüedad clásica. Precisa la selección cuidadosa e inteligente de los autores y de sus obras, y el comentario prudente y sagaz que los ilustre, si se quiere que su estudio ejerza realmente influencia educativa. Las obras encantadoras y profundas de Platón y Marco Tulio, de Homero y Virgilio, de Aristófanes y Séneca son monumentos inmortales que llevan en sí la marca de la belleza y el sello de la razón, en lo que llegaron a una altura no superada todavía. Empero, son monumentos incompletos y trunco, vuelos imperfectos y mal sostenidos por carecer del soplo de la divinidad, y es necesario que el maestro complete, en lo posible, su obra perfeccionando al observador y sirviéndole de guía segura que le muestre lo bello y le preserve de lo falso.

San Basilio el Grande, citado por Painter, (35), después de recomendar como muy útil el estudio y la lectura de los paganos, agrega: Pero hay que hacer una selección entre los autores paganos. Es necesario cerrar los oídos a las malas lecturas, como Ulises hizo con el can-

to seductor de las sirenas. El hábito de ~~las~~ leer malas acciones conduce a realizar malos actos. Es necesario rechazar las vergonzosas historias de los dioses, puesto que tenemos que evitar la música voluptuosa de los paganos.

Con estas miras muchos grandes educadores han trabajado, continua y denodadamente, por reformar estos estudios sobre bases sinceramente moralizadoras, acometiendo la publicación de los clásicos paganos convenientemente comentados y expurgados, y animados de paciencia benedictina y de constancia a toda prueba, revisaron las obras maestras de las literaturas griega y romana, tanto paganas como cristianas, y las glosaron diligentemente, esclareciendo puntos oscuros ya de historia, ya de filosofía, mitología y literatura. Juan Bosco, entre otros, el educador de los hijos del pueblo, en Italia, durante la segunda mitad del siglo pasado, supo apreciar en todo momento el valor de los clásicos antiguos; pero comprendiendo que un estudio completamente pagano no estaba exento de peligros, y que, a fuerza de leer y de saborear, penetran al fin las ideas, quería que tal estudio estuviera rodeado de todas las precauciones y cautelas necesarias para conservar en los jóvenes las buenas costumbres. Con este fin, sin reparar en gastos ni en sacrificios, hizo editar en sus tipografías, muchas obras maestras de los antiguos, expurgándolas y anotándolas unas veces personalmente, y otras, sirviéndose de los que dependían de él, con inmensa ventaja de profesores y alumnos.

En segundo lugar, si se aboga por el estudio serio de los clásicos no es para copiarlos o imitarlos servilmente. Eso sería rebajar la augusta majestad del arte; sería desviar el fin de la educación, pretendiendo ingerir en el alumno dosis extrañas, fuerzas ajenas, pensamientos prestados, en lugar de desarrollar las energías latentes en cada individuo, fortificar independientemente su espíritu, y cultivar su propia originalidad, esa originalidad que es lo ~~que~~ más profundamente personal que hay en cada uno.

¿Por qué fueron grandes los griegos y latinos, sino porque con su potente facultad de asimilación y con su gran genio crearon un arte, una ciencia y una filosofía más armónicas, más humanas, superiores a las de sus contemporáneos y esencialmente propias? Sin precedente en la historia y casi sin tradición alguna, ese admirable puñado de indoeuropeos sacó de su propio seno todo lo que más tarde, en el curso de las edades, debía marcar la norma a la humanidad, así en el dominio de la vida material, como en el de la vida del espíritu. El genio superior humano, sabio y justo, como añade Pompeyo Gener, se manifestó en ellos con esplendor supremo para perdurar por los siglos de los siglos. (36).

Los antiguos, en suma, fueron originales, y precisamente por esta razón nadie se aparta más de sus huellas que aquellos que se proponen seguirlos paso a paso en el desarrollo de sus pensamientos.

No se excluye con esto toda imitación, sobre todo aquella que pudiéramos llamar noble y digna, en que el autor se asimila un pensamiento o un plan de otro, y lo presenta remozado. Esta imitación es digna de alabanza, y la vemos practicada por grandes maestros, como Virgilio que imitó a Homero, como Horacio cuyas obras fueron llamadas mosaico griego, como Luis de León que siguió las huellas del lírico romano. Los clásicos de otras lenguas tampoco imitaron servilmente a los antiguos sino que se alimentaron de sus producciones para crear nuevas maravillas. Hubo época en Francia, en que todos los grandes escritores se complacían en ser comparados a alguno de los antiguos, o se esforzaban en imitarlos. Molière estudiaba a Lucrecio y se proponía por modelos a Plauto y a Terencio. Rousseau buscaba inspiraciones en Píndaro; Boileau dictaba las leyes establecidas por Horacio, y criticaba las costumbres a la manera de Juvenal. Racine se formaba con arreglo a los Amores de Teógenes y Clariclea; La Fontaine, con arreglo a Platón y a Plutarco, reproducía a Pedro, y decía tener incesantemente en la mano a Horacio, Homero, el

Ariosto y el Tasso. Todos, no obstante, son originales; todos conservan una fisonomía propia; hacen, por decirlo así, imitaciones originales, y Bossuet no es Juan Crisóstomo, ni Racine es Eurípides, ni Boileau es Horacio.

De los clásicos, pues, se debe tomar el espíritu. La forma temporal pasa, y debe pasar: el espíritu inmortal permanece, y debe permanecer siempre. La letra mata y el espíritu vivifica, y en los clásicos no es la letra, no es la forma, temporal y siempre variable, lo que principalmente hay que mirar, sino el espíritu de soberanos artistas que ellos tuvieron, y que es susceptible, no de todas las aberraciones, con las que es irreconciliable, pero sí de todas las adaptaciones bien hechas y de todos los progresos legítimos y aceptables. (37).

El estudio de los clásicos antiguos debe llevarnos a la verdadera originalidad, es decir, a aquel sello particular que no permite confundir las obras de un autor con las de ningún otro. Esto de la originalidad, en efecto, es una cosa relativa: no puede ser absoluta. Si fuera menester, dice Valera, para escribir, decir siempre cosas inauditas, del todo originales, que nadie hubiera dicho antes, no habría persona alguna, dotada de una razonable modestia, que se atreviese a tomar la pluma en la mano. Seamos francos. Si nosotros, los que escribimos, hiciéramos voto de no volver a tomar la pluma en la mano hasta que se nos ocurriese algo nuevo que escribir, nos pasaríamos la vida en perpetua holganza.

No conozco, escribe también Federico Balart, un solo autor completamente original en todo. Shakespeare toma íntegros los argumentos de sus obras, ya de un historiador, ya de un novelista, ya de otro autor dramático; Molière entra a saco el teatro latino y el español. Byron coge de todas partes asuntos, narraciones, cuadros, caracteres. Y sin embargo, los autores de este calibre son los más originales del mundo.

La originalidad no está en las cosas que se dicen, sino en la manera de decir las. "Nihil sub sole novum" decían los latinos. Y decían h

bien. El escritor no debe afanarse por decir y pensar cosas raras, sino procurar que, en lo que escribe, salga retratada su alma, y como el alma es original, original será lo escrito.

¿Qué decir de la imitación de la naturaleza? ¿Excluirá del arte // los preceptos y la imitación de los clásicos?

Hay que advertir que, si las reglas no están fundadas en la naturaleza, y sólo dependen del capricho y de la pedantería, ningún hombre racional querrá atar el ingenio del artista con semejantes enredos. Pero cuando las reglas, como dice Rosignoli, (38), tienen por fundamento la experiencia de los siglos, y la imitación de los clásicos es libre, de tal modo que de ellos se aprende solamente la manera como ellos imitaron la naturaleza, esto es utilísimo al artista, el cual, haciendo así, no queda ya abandonado a sus propias fuerzas, sino que tiene como maestra la experiencia de los mejores que le precedieron. El desprecio de las reglas y de los clásicos sería racional sólo cuando lo bello no tuviese objetividad, y por tanto, lo que era bello ayer en Grecia, no fuera hoy entre nosotros; o también si fuesen frecuentes los artistas de ingenio tan feliz que pudieran hacer todo de por sí, y no equivocarse jamás en la vía que emprenden. Pero estas dos hipótesis son falsas; luego, aún imitando la naturaleza no debemos excluir los preceptos y la imitación de los clásicos.

Dedíquese, pues, a los clásicos un estudio preferente, tratando de sacar de sus enseñanzas no la imitación ciega y rastrera, sino aquella imitación de la naturaleza que es creadora y bellamente transformadora de la misma, como quería Aristóteles que fuese el arte. Ellos son la mejor base para lanzarse por las regiones del arte en pos de los sublimes ideales de belleza y de perfección.

Ya una noble voz de Port-Royal, uno de los más grandes literatos de Francia, Pascal, exclamaba: No sólo cada hombre aumenta cada día

su saber, sino que todos los hombres juntos hacen continuos progresos, de modo que todo el género humano debe considerarse, durante tantos siglos, como un solo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente; y la vejez de este hombre universal no debe buscarse próxima a su nacimiento, sino por el contrario, lejos. Los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todo. Como nosotros hemos unido a sus conocimientos la experiencia de los siglos que se han sucedido, en nosotros ha de buscarse la antigüedad que reverenciamos en los demás.



materia, a la que enfoca según sus aspiraciones. Encuentra sus temas de estudio en la antigüedad clásica, pero no desdeña el presente, porque partiendo de la altura a que llegó el pasado, busca sólo llevar adelante el perfeccionamiento de la humanidad de hoy. Su trabajo es todo seriedad, es cierto, pero su resultado es tanto más apreciable cuanto más cuesta. Un joven que está ya para entrar en la vida no debe contentarse con un estudio que únicamente le divierta, que le entretenga y que le facilite todo materialmente, sin que su razón despliegue los esfuerzos de su actividad y sin que se excite en su espíritu el noble tormento de la curiosidad. Dice Chaignet (39), que en donde el espíritu no sufre alguna contrariedad tampoco encuentra ningún placer. La educación clásica, además, conduce a la perfección en algunos puntos esenciales, suficientes para ser base de cualquier carrera que se quiera seguir, y como es natural, huye de la superficialidad en muchas cosas. Cultiva, finalmente, la memoria, depositaria del conocimiento, pero con el fin primario de que contribuya al desarrollo de las demás facultades espirituales, y así la imaginación, la inventiva, la originalidad tengan ancho campo donde desenvolverse.

Como síntesis del ligero estudio que hemos hecho sobre la importancia de la literatura antigua y sobre su influencia educativa, podemos dejar establecidas las conclusiones siguientes:

1. La educación impartida a base de los estudios clásicos ejerce una influencia altamente benéfica en la formación integral del hombre.
2. Para que sea efectivamente ^{hoy} educativo el estudio de la literatura antigua es preciso tener un criterio ponderado en la selección de los autores y de las obras, desentenderse del espíritu pagano que las informa, buscar una imitación noble, adoptando las formas, pero con su espontaneidad y energía.
3. En el Perú, los estudios clásicos son los que mejor se avie-

nen con nuestra idiosincracia.

4. Estos estudios deben merecer una atención preferente durante los años que comprende la Instrucción Media, pues tienden a realizar el fin propio de este ciclo, a saber, la formación del carácter.

5. Y, finalmente, descendiendo a la realidad de nuestro ambiente, y considerando cómo desde hace algunos lustros se ha abolido completamente todo estudio de la antigüedad clásica en los programas oficiales de Instrucción Media, dándoles, en cambio, a éstos un carácter puramente industrial o mercantil, cabe insistir sobre la necesidad de reaccionar, si no fomentando directamente el estudio serio de la literatura clásica antigua, lo que es hoy imposible, dado el rumbo que se ha tomado en este punto, a lo menos concediendo en la enseñanza plena libertad y autorización oficial de seguir la dirección clásica a cuantos quieran elevarse sobre lo útil, superar sus límites posibles, penetrar el dominio de lo desinteresado y universal, y solazarse en la belleza del arte clásico, belleza inmortal siempre antigua y siempre susceptible de novedad, que como un astro brilla muy en alto, para iluminar los espíritus, dirigir la ruta de una sana y fuerte literatura, idealizar la vida, suscitar las energías latentes de los individuos, estimular sus entusiasmos de acción y de libertad, y contribuir al mejoramiento intenso y efectivo de nuestra nación.

Lima, 24 de junio de 1923

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]

Victor Alvarez
[Handwritten signature]



NOTAS Y BIBLIOGRAFIA



000804

- (1). P. M. VÉLEZ. - "Prólogo sobre el clasicismo"; en el libro: "Cantos de mi juventud", por DAVID RUBIO. Lima, 1911.
- (2). JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO. - "Elogio del Inca Garcilaso de la Vega" Introducción a los "Comentarios Reales". Lima, 1918.
- (3). EMILIO SEQUI. - "Apuntes de Literatura Griega" publicados en "El Comercio" Lima, noviembre, 1919.
- (4). ALBERTO URETA. - "El espíritu del Renacimiento". Mercurio Peruano, No. 55.
- (5). ESTEBAN MOREU LACRUZ. - "Fundamentos de Cultura Literaria". Barcelona, 1915.
- (6). GUILLERMO A. SECAÑE. - "Apuntes sobre Historia Crítica de la Literatura Antigua". Lima, 1915.
- (7). LACRUZ. Ob. cit.
- (8). POMPEYO GENER. - "Historia de la Literatura". Barcelona, 1902.
- (9). CÉSAR CANTÚ. - "Historia Universal". Barcelona, 1897. Tomo I
- (10). "El Ateneo de Lima". Revista. Tomo I.
- (11). THIEBAULT. - "Essai sur le style". Citado por FRANCESCO CERRUTI: "L'insegnamento Secondario Classico in Italia". Torino, 1882.
- (12). Citado por P. M. VÉLEZ, en el Prólogo sobre el Clasicismo.
- (13). RODOLFO VERGARA AUTÚNEZ. - "Historia de la Literatura". Santiago de Chile, 1919.
- (14). A. URETA. Ob. cit.
- (15). DANTE ALIGHIERI. "Inferno" Canto I

O degli altri poeti onore e lume,
vagliami il lungo studio e il grande amore

che m' a fatto cercar lo tuo volume.

Tu se' lo mio maestro e il mio autore:
tu se' ^{solo} colui, da cui io tolsi

lo bello stile che m' a fatto onore.

(16). "Purgatorio". Canto XXI.

Al mio ardor fur seme le faville,
che mi scaldar della divina fiamma
onde sono allumati piú di mille;

Dell' Eneid^o dico, la qual mamma
fummi, e fummi nutrice poetando:
senz' essa non fermai peso di dramma.

E per esser vivuto di lá quando
visse Virgilio, assentirei un sole
piú che non deggio al mio uscir di bando.

(17). J. DE LA RIVA AGÜERO.- Ob. cit.

(18). LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. - "Historia de la Literatura Peruana.
I. Los poetas de la Colonia". Lima, 1921.

(19). JOSE GABRIEL COSIO.- "Curso literario de Castellano". Cuzco,
1920.

(20). J. DE LA RIVA AGÜERO.- Ob. cit.

(21). MILÁ Y FONTANALS. - "Principios de Literatura General".
Barcelona, 1888.

(22). VINCENZO CIMATTI.- "Lezioni di Pedagogia". Vol. I. Torino, 1911.

(23). LUIS MIRÓ QUESADA.- "La fundamentación de la Pedagogía".
Apuntes. Lima, 1922.

(24). RODOLFO FIERRO.- "Sistema educativo". Tomo II. Barcelona, Sa-
rriá, 1915.

(25). TESSOT, citado por L. L. BURON: "Histoire des Littératures
de l' Europe".

(26). GUILLERMO JÜNEMANN. - "Antología Universal". Friburgo, 1910.



(27). DANTE ALIGHIERI. - "Paradiso". I

(28). TOMAS ARNOLD. - "Ensayos sobre educación". Madrid, 1920.

(29). JORGE DINTILHAC. - "Memoria de la Universidad Católica".
Lima, 1918.

(30). " América", Revista. Vol. V.

(31). M. FABIO QUINTILIANO. - "Instituciones Oratorias". I, 1.
Madrid, 1887.

(32). BOSSUET.- "Oeuvres" XXVI.

(33). "Review of Reviews". August, 1917.

(34). JAVIER PRADO. - "El genio de la Lengua y de la Literatura
Castellana". Lima, 1918.

(35). F. V. N. PAINTER.- "Historia de la Pedagogía". Madrid, 1911.

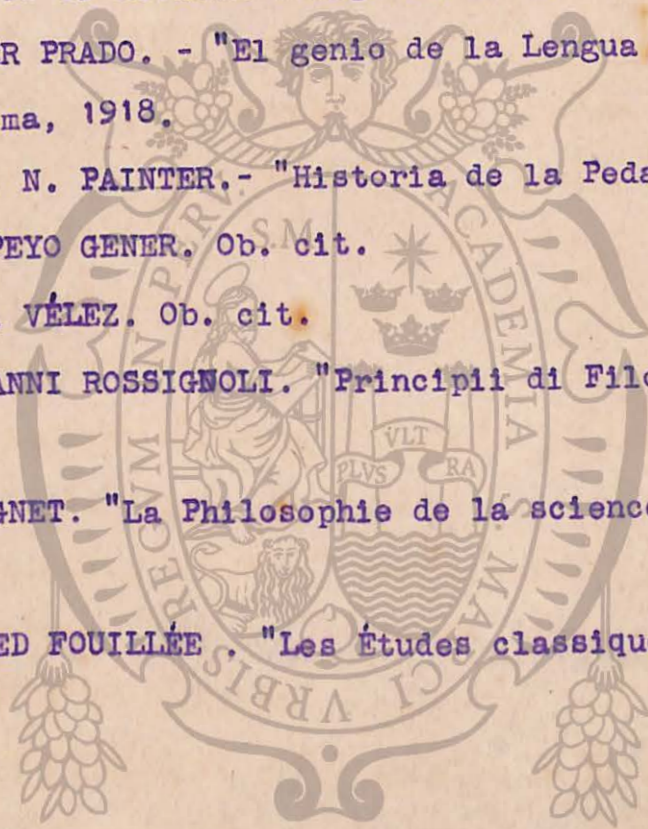
(36). POMPEYO GENER. Ob. cit.

(37). P. M. VÉLEZ. Ob. cit.

(38). GIOVANNI ROSSIGNOLI. "Principii di Filosofia". Vol. II.
Roma, 1905.

(39). CHAIGNET. "La Philosophie de la science du langage". Paris,
1875.

(40). ALFRED FOUILLEE . "Les Études classiques et la Democratie".
Paris, 1898.



~~~~~

